

Los acontecimientos del siglo VIII a la luz de la historiografía tradicional. Reflexiones en torno a una obra de Enrique Herrera Oria

Martín Ríos Saloma¹

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El presente trabajo tiene como objetivo analizar la forma en que la historiografía española de la segunda mitad del siglo XIX realizada fuera del ámbito de la Real Academia de la Historia interpretó la caída del reino visigodo y la batalla de Covadonga en función de unos parámetros románticos y nacionalistas y la manera en que tal interpretación se plasmó en la literatura. Ello permite mostrar el hecho de que el término "Reconquista" se cargó de significados nacionalistas en fechas muy tardías y que, por tanto, el proceso iniciado por Pelayo se entendió hasta el siglo XIX más como una "Restauración" de la libertad del pueblo cristiano y del sistema político preexistente que como una lucha ininterrumpida a lo largo de siete siglos en contra de un enemigo extranjero, pues esta última interpretación sería impulsada por los historiadores decimonónicos con el objetivo de contribuir a la construcción de una identidad colectiva en términos de Estado-nación.

Palabras Claves: Historiografía. Nacionalismo. Reconquista. España s. XIX. Edad Media.

Abstract: The purpose of this study is to analyze how Spanish historiography in the latter half of the 19th century which was not carried out under the auspices of the Spanish Royal Academy of History (Real Academia de la Historia) framed the fall of the Visigoth kingdom and the Battle of Covadonga in romantic and nationalist terms; and to examine the ways in which that interpretation was reflected and reinforced in literary works. This approach discloses that the nationalist definition of the "reconquest" is of relatively recent provenance. Until the 19th century, the process begun by Pelayo was understood as a "restoration" of the pre-existing political order and of freedom to a Christian people, rather than as a struggle against a foreign enemy which had been waged continuously for seven hundred years. That latter position was adopted by historians during the 19th century as part of a project which sought to bolster the definition of collective identity in terms of the nation-state.

Key words: Historiography. Nationalism. *Reconquista*. Spain XIX century. Middle Ages.

¹ Estas páginas forman parte de un amplio proyecto de investigación que ha sido desarrollado gracias una beca predoctoral en el área de Humanidades (Historia) concedida por la Fundación Caja Madrid en el año 2003.

[*Memoria y Civilización* (M&C), 8, 2005, 173-184]

En el año 1926 vio la luz de la imprenta una obra titulada *Moros y cristianos. Historia popular de la Reconquista de España*, cuyo autor no era otro que Enrique Herrera Oria². Dirigida al gran público y, por lo tanto, vulgarizadora y simplificadora en todos los sentidos, el texto ofrecía una interpretación tradicional acerca de la caída del reino visigodo y del inicio de lo que llamamos Reconquista, en la que ya se hacían evidentes los elementos del nacional catolicismo que afloraría diez años después.

Escrito en forma de cuento, repleto de insultos y desprecios hacia el Islam y hacia los africanos en general³, el texto ha llamado nuestra atención por representar la versión más tradicional a propósito del enfrentamiento secular entre musulmanes y cristianos en un momento en el que la historiografía académica marchaba ya por otros derroteros⁴.

² Enrique HERRERA ORIA, *Moros y cristianos. Historia popular de la reconquista de España*, Santander, Administración Sal de Terre, 1926.

³ Aurora Rivière ha mostrado con gran sencillez los mecanismos por medio de los cuales el nacionalismo del siglo XIX actualizó y difundió una imagen peyorativa sobre los musulmanes para justificar el imperialismo y la colonización del norte de África en aras de una misión civilizadora por parte de las naciones de Europa occidental. Aurora RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*, Madrid, Universidad Carlos III-Editorial Dykinson, 2000. Véase en especial el capítulo IV, pp. 91-106.

⁴ Sobre la historiografía española de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX pueden consultarse los siguientes trabajos: José ANDRÉS-GALLEGO (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999; Roberto LÓPEZ-VELA, “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos”, en Ricardo GARCÍA CÁRCCEL (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2004, pp. 195-289; Manuel MORENO ALONSO, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979; Benoît PELLISTRANDI, *Histoire et culture politique dans l’Espagne du XIXe siècle: l’exemple de la Real Academia de la Historia entre 1847 et 1897*, París, EHESS, 1997 –tesis doctoral–; Benoît PELLISTRANDI, “Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencias de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira”, *Investigaciones Históricas*, 17, 1997,

En efecto, ya desde 1892 en la *Historia general de España* coordinada por Cánovas del Castillo se consideró la intervención musulmana en la península como la de un tercero dentro de una guerra civil que enfrentaba a la nobleza visigoda y, por lo tanto, la versión que basaba su explicación en el castigo de los pecados visigodos había sido ya desterrada de la historia y valorada en su justa medida como parte del folklore y las tradiciones populares⁵. Por su parte, en 1900 Rafael Altamira había señalado en su *Historia de España y de la civilización española* que en sus orígenes la guerra contra el Islam no tuvo “el carácter de una lucha religiosa, ni siquiera de raza, sino el de una simple reivindicación patrimonial por parte de la nobleza y el clero y una restauración de la dignidad por parte de los reyes”⁶.

*

El texto que nos ocupa está dividido en cinco capítulos. El primero se titula “Desde las montañas hacia el Duero y el Tajo” y está consagrado a las conquistas de Alfonso I, Fernando I y Alfonso VI”; el segundo, está dedicado a las acciones de “El Cid Campeador”; el tercero, denominado “Moros y cristianos en Andalucía”, narra las conquistas de Córdoba y Sevilla; el cuarto, que se titula “Hacia el mediterráneo”, narra la guerra del Estrecho mientras que el último

pp. 137-60; Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994; Javier VARELA, “Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español”, *Studia Histórica, Historia Contemporánea. Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994, pp. 31-43.

⁵ Así queda expresado en el tomo correspondiente. Aureliano FERNÁNDEZ GUERRA, Eduardo de HINOJOSA y Juan de Dios DE LA RADA, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, Madrid, El Progreso Editorial, 1891 (*Historia General de España* de Cánovas del Castillo, vols. 5 y 6). Véanse especialmente las páginas 189 y 190.

⁶ Rafael ALTAMIRA Y CREVEA, *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, Herederos de Juan Gil Editores, 1900. La segunda edición de los volúmenes I y II aparecería en 1909 y es con la que trabajamos, p. 236.

cuenta la guerra emprendida por los Reyes Católicos para conquistar el emirato nazarí.

Como es de imaginar, la obra de Herrera Oria ofrece una versión completamente maniquea del conflicto en la que, por supuesto, los elegidos de Dios son los cristianos, especialmente los castellanos, quienes luchan contra unos invasores detestables (los moros, sin más) que se apoderaron de su patria y en la que la Iglesia cumplió, como no podía ser de otra manera, un papel fundamental.

El autor lo decía con estas palabras en su prólogo de la edición de 1926:

“Te ofrezco este librito. No es una historia crítica. Es una historia popular de las hazañas que, con trabajo y a fuerza de voluntad, llevaron a cabo los antiguos españoles para reconquistar a España[...] Una cosa sacarás de la lectura de este librito y te lo puedo asegurar con viejos pergaminos en la mano, y es que la Iglesia fue tutelando a los reyes de España por medio de los obispos, sacerdotes y religiosos desde la cuna de la Reconquista en Covadonga hasta la expulsión de los moros en Granada.” (p. 1)

Con base en esos pergaminos, que no eran otros que las obras de Jiménez de Rada y la crónica de Alfonso X, Herrera Oria dedicó las primeras páginas del capítulo primero a reseñar los orígenes de Mahoma y el Islam. En ellas dio cuenta de su vida como comerciante, de su “viaje ridículo” a Jerusalén, de la forma en que “engañó” a muchas personas con su predicación y de cómo conquistó La Meca tras haber sido expulsado. Siguiendo la imagen negativa que sobre el Profeta habían creado los autores medievales, Herrera concluye esta parte calificando a Mahoma de ser “un hombre malo” debido a que “llegó a tener doce mujeres a un tiempo” y asegurando que “como le parecía poco haberse hecho el principal capitán de la Arabia, quería conquistar todo el mundo” (p. 11).

El relato de Herrera Oria continúa con el inicio de las conquistas musulmanas a la muerte de Mahoma. Afirma que su sucesor predicó la guerra santa y que “de todos los sitios de la Arabia vinieron soldados medio desnudos, hambrientos y descalzos” (p. 11), y confiesa, sin proponérselo, que a pesar de su miseria fueron capaces

de someter todo el norte de África y llegar a Marruecos, tierra que quedaba justo frente a España.

Fue en Marruecos donde, según nuestro autor, los musulmanes escucharon las noticias sobre la riqueza y fertilidad de España⁷. Tal hecho sirvió de pretexto a Herrera para recrear, por no decir copiar, el *laudus Hispaniae* de Isidoro de Sevilla y para poner en evidencia el hecho de que estos musulmanes, “medio desnudos, hambrientos y descalzos” tenían la intención de apropiarse de una tierra pródiga y fértil.

Por otra parte, Herrera afirmaba con cierto pesar que aunque los españoles eran valientes y habían resistido durante muchos años la dominación romana, y a pesar de que eran católicos y de que en años anteriores habían preferido la muerte y el martirio a renegar de su fe, lo cierto era que también había una decadencia generalizada y que “en España se comet[ía]n grandes pecados y [que] los comet[ía]n aquellos quienes debieran dar más ejemplo”.

Con este párrafo volvía Herrera Oria a la explicación sobre los pecados de los godos como causa última de la ruina de España. La lista de acciones pecaminosas se esgrimía una y otra vez desde el siglo XIII e incluía la desobediencia al Papa, el asesinato, la corrupción de la jerarquía eclesiástica y, fundamentalmente, la lujuria y la traición.

La lujuria, uno de los pecados más aborrecidos y penados por la Iglesia desde los primeros siglos, estaba representada por el forzamiento de la hija del conde Julián por parte de Rodrigo y para los autores del siglo XIII fue poco menos que el detonante que había hecho estallar la ira divina, pues el suceso no era otra cosa que la

⁷ Creemos que no escapa al lector el significado profundo de la mención de Marruecos, objetivo constante de la política internacional española desde mediados del siglo XIX y catalizador tanto de las aspiraciones neocolonialistas como de los sentimientos patrióticos de los grupos dirigentes. Una visión general sobre la política internacional española en el capítulo respectivo del clásico de José María JÓVER ZAMORA, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 249-304.

violación de la hija de un noble por parte del soberano. Sin embargo, Herrera Oria, que escribía para la juventud y el público en general, se cuidó muy mucho de hacer alusión a las voluptuosas pasiones del rey y se limitó a escribir simplemente que “se la llevó por la fuerza”.

A esta tradición sobre Florinda o la Cava⁸, se sumaron la consecuente y conocida traición del conde Julián, quien llamó a los musulmanes para lavar la afrenta cometida, así como la traición cometida por los hijos de Witiza y el arzobispo Oppas en el momento decisivo de la batalla librada en la ribera del Guadalete. Así, el peor de los pecados, el de la traición, se hacía también presente en esta versión de los acontecimientos.

Tras narrar la batalla de Guadalete, nuestro autor se recrea en reproducir el “llanto por España” que había escrito el anónimo autor de la crónica mozárabe del 754⁹ y que tanto Jiménez de Rada como los autores de los siglos XVI, XVII y XVIII habían reproducido íntegramente, actualizando y difundiendo así una visión dramática de la conquista e ignorando el hecho de que la mayoría de las ciudades se entregó por capitulación y que tan sólo algunas ciudades como Mérida o Córdoba opusieron una verdadera resistencia.

En este viejo esquema interpretativo, a los cristianos no les quedaba otra opción que huir a las montañas de Asturias y Santander, abandonando sus hogares y sus iglesias. Pero como eran valientes, al ver tanta desgracia y crueldades cometidas por los moros, dijeron para sí: “nosotros no queremos obedecer a estos africanos, enemigos de la ley de Dios” (p. 21). Ello les llevó a reunirse y a elegir a Pelayo como monarca quien, según Herrera Oria, descendía de los reyes de Toledo. Tras su proclamación, Pelayo fue consagrado por un obispo y

⁸ Las leyendas sobre “la pérdida de España” han sido analizadas recientemente desde un punto de vista literario, simbólico, histórico y antropológico por Jon JUARISTI, *El reino del ocaso. España como sueño ancestral*, Madrid, Espasa, 2004.

⁹ Crónica mozárabe del 754, edición crítica y traducción de José Eduardo LÓPEZ PEREIRA, Zaragoza, Anúbar, 1980, pp. 71-5.

bendecido para obtener éxito en su lucha contra el “poderoso ejército de los moros”.

Como apenas se tienen noticias de lo que sucedió en Covadonga, Herrera Oria aprovechó, como tantos otros autores, el silencio de las fuentes para recrear con tintes románticos la preparación de la batalla, presentando a los sacerdotes confesando a los guerreros e imaginando una súplica general del ejército cristiano a la imagen de Nuestra Señora de Covadonga que se veneraba en la cueva para que por su mediación obtuvieran la victoria.

Tras reducir al mínimo los respectivos discursos de Oppas y Pelayo al pie de la cueva que tan buenas oportunidades habían dado a los diferentes autores para exhibir sus dotes retóricas, Herrera recrea la batalla utilizando los tópicos sobre el milagro de las flechas, la huida del ejército musulmán en desbandada y el derrumbamiento del monte Auseva que sepultó a los sobrevivientes.

Herrera concluye esta aparte afirmando que tras la derrota del ejército musulmán los habitantes retornaron a sus pueblos y reconstruyeron sus casas y sus iglesias, mientras que los monjes reanudaron su vida contemplativa, libres ya de la amenaza musulmana, y que las viudas de los hombres muertos en la batalla ingresaron en los monasterios femeninos.

En 1943 –sólo cinco años después del triunfo del nacionalista en la guerra civil– la obra fue reeditada bajo un nuevo título que ponía en evidencia las intenciones del régimen franquista de difundir entre las clases populares la visión más conservadora sobre el conflicto entre musulmanes y cristianos: *Historia de la Reconquista de España contada a la juventud. Epopeya de siete siglos*.¹⁰

En esta nueva versión lo único que cambió con respecto a la edición de 1926 fue el prólogo, en el que el autor hace patente la

¹⁰ Enrique HERRERA ORIA, *Historia de la Reconquista de España contada a la juventud. Epopeya de siete siglos*, Madrid, Escelicer, 1943.

intención de transmitir una versión –sesgada y deformada– del conflicto. Dice el texto:

“Te voy a contar, muchacho español, una historia muy larga; es, a saber, como tu madre España, que era independiente, fue invadida por los moros, que la conquistaron toda, y como los españoles expulsaron de España a los moros después de luchar contra ellos durante más de setecientos años.

Esta guerra, tan larga y gloriosa para los españoles, que tanto se distinguieron por su valor, está escrita en libros antiquísimos que tú no puedes leer porque no los entiendes: en latín, en el antiguo lenguaje castellano o en catalán”.

*

Visto a la luz de las investigaciones y las propuestas interpretativas de los últimos treinta años, podríamos considerar estos párrafos como una muestra más de la utilización de la historia por parte del régimen franquista para legitimar sus acciones y como un claro ejemplo del nacional catolicismo al que nos hemos referido más arriba. Sin embargo, vistos en una perspectiva de larga duración y puestos en relación con la historiografía del siglo XIX, adquieren mayor significación.

En efecto, en otros trabajos¹¹ hemos expuesto cómo el término Reconquista, que apareció a finales del siglo XVIII en el *Compendio de historia de España* del canónigo José Ortiz y Sanz¹², sólo fue ganando espacio a partir de la década de los años 40 del siglo XIX y no se consolidó sino hasta las últimas dos décadas de dicho siglo.

¹¹ Especialmente en la investigación presentada en el Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense bajo el título *La construcción de un mito nacional. El concepto de Reconquista en la historiografía moderna y contemporánea (S. XVI-XIX)*, 2003, conducente a la obtención del Diploma de Estudios Avanzados (DEA).

¹² José ORTIZ Y SANZ, *Compendio cronológico de la historia de España*, II, Madrid, Imprenta Real de Mateo Repullés, 1795-1803, p. 192.

En este proceso de construcción, el término Reconquista se asoció directamente con los valores y las ideas nacionalistas imperantes en el siglo XIX¹³ y ello llevó a los autores a presentar el proceso secular de lucha entre musulmanes y cristianos como una lucha entre españoles e invasores extranjeros con el objetivo de recuperar una patria que había sido perdida y humillada en el siglo VIII. Sin embargo, durante la Edad Media y toda la época moderna, y hasta los años 80 del siglo XIX, el término que se empleó fue el de Restauración, en tanto que se consideraba que lo importante era no tanto apoderarse militarmente de una plaza o ciudad, sino restaurar el antiguo orden visigodo y la libertad del pueblo cristiano.

Un gran número de obras escritas en el siglo XIX como las historias generales de Eugenio Tapia (1840), Juan Cortada (1841), Antonio Alcalá Galiano (1844-1846) y Modesto Lafuente (1850), o las obras de autores catalanes como Próspero Bofarrull (1836), Antonio Bofarrull (1876), Antoni Aulestia (1887) y Pablo Pi Ferrer (1884), e incluso la propia *Historia general de España* de Cánovas del Castillo, muestran cómo los términos “restauración” y “reconquista” fueron utilizados de forma paralela y cómo una cosa era restaurar el orden visigodo y otra reconquistar un territorio perdido, aunque ambas estuviesen estrechamente relacionadas.

Es en este sentido en el que los párrafos citados de la segunda edición de Herra Oria adquieren toda su relevancia, pues ofrecen una clara muestra de cómo la versión de la historia que se quiso difundir entre los jóvenes y los lectores de escasa formación no fue otra que la

¹³ Sobre la utilización de la historia en la construcción del nacionalismo español remitimos al excelente estudio de Fernando WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, así como al estudio clásico de Paloma CIRUJANO MARÍN, Teresa ELORRIAGA y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985; a estos estudios puede añadirse el trabajo coordinado por Carlos FORCADELL, *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998. Para un punto de vista comparativo véase Eric HOBBSBAWN y Terence RANGER (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

[MyC, 8, 2005, 173-184]

versión tradicional que Morales¹⁴ y Mariana¹⁵ habían recreado y difundido en el siglo XVI, y cómo finalmente se había logrado construir un discurso histórico de carácter nacional.

Álvarez Junco¹⁶ ha analizado con detenimiento los éxitos y los fracasos en la construcción del nacionalismo español decimonónico y entre otras cosas ha mostrado como la enconada lucha política entre los grupos liberales y conservadores impidió crear un discurso histórico de carácter nacional, pues unos y otros eran incapaces de ponerse de acuerdo sobre los héroes y los mitos a los que había que exaltar.

Así, por ejemplo, aunque Pelayo y la victoria de Covadonga convencían a ambos, los grupos de derecha se fijaban más en la preservación de la monarquía y en la conservación de los derechos y privilegios de la Iglesia, mientras que los liberales querían exaltar su amor desinteresado por la patria y la participación del “pueblo español” en la primera gesta de carácter nacional¹⁷.

¹⁴ Ambrosio de MORALES, *La Coronica General de España que continuava Ambrosio de Morales, natural de Cordova, Coronista del Rey Católico nuestro señor don Phelipe segundo de este nombre y catedratico de Rethorica en la Universidad de Alcalá de Henares. Prosiguiendo delante de los cinco libros que el maestro Florian de Ocampo coronista del Emperador Don Carlos V dexo escritos*, Alcalá de Henares, 1574. Véanse el volumen VI libro XII y el volumen VII.

¹⁵ Juan de MARIANA, *Historia general de España*, Toledo, Impresor Pedro Rodríguez, 1601. Véase vol. I, libros VI y VII.

¹⁶ Entre sus numerosos trabajos véase el artículo “The Nation-Building process in Nineteenth-Century Spain” en Mar MOLINERO y Ángel SMITH (coords.), *Nationalism and the nation in the Iberian peninsula. Competing and conflicting identities*, Oxford, Berg, 1996, pp. 89-102; “The Formation of Spanish Identity and Its Adaptation to Age of Nations”, *History and Memory*, 14, 2000, pp. 13-36 y especialmente la segunda y la cuarta parte de su libro *Máter Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, en donde hace un profundo análisis de la utilización del discurso histórico en la construcción del nacionalismo español del siglo XIX.

¹⁷ A conclusiones similares ha llegado Carolyn P. BOYD, “The second battle of Covadonga. The politics of commemoration in Modern Spain” en *History and Memory*, 14, 2000, pp. 37-65.

Hubo que esperar, pues, a que una de las facciones se impusiera por la fuerza de las armas para que también pudiera imponerse la versión conservadora de la historia patria. En ella, la figura de Pelayo y la primera victoria sobre el Islam estarían destinadas a convertirse, una vez más, en los dos pilares sobre los que se sustentaría el edificio de la historia nacional. Así, la versión que difundía la obra de Herrera Oria encajaba directamente con esta tradición conservadora y no hacía sino actualizar en términos del nacional-catolicismo el viejo mito de la pérdida y restauración de España¹⁸.

No podemos conocer con exactitud la difusión que tuvo la obra de Herrera Oria que hemos comentado, pero el presumible bajo coste de la edición y el estar dedicada a un público no especializado, son elementos que nos permiten intuir que fue en todo caso considerable. Lo importante es, sin embargo, el hecho de que el régimen franquista difundiera una visión antihistórica de la invasión musulmana y de la lucha contra los “moros”, aquellos odiados invasores extranjeros contra los cuales se había luchado siete siglos hasta expulsarlos de la patria.

El resultado fue que en el inconsciente colectivo de la generación anterior, la figura del moro fue asociada a la ignorancia, a la lujuria, a los excesos y al hecho de haberse apropiado de España, cuyos único y legítimos dueños eran los españoles¹⁹.

¹⁸ La profesora Boyd ha estudiado la confrontación entre las versiones liberal y conservadora de la historia española y la forma en que dicha pugna se reflejó en los programas de estudio y los libros de texto de la enseñanza básica. Carolyn BOYD, *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares, 2000. El capítulo cuarto, “Historia recordada: el integrismo católico y la sacralización del pasado nacional”, pp. 98-116 ofrece un buen panorama sobre la actualización del discurso conservador entre 1870 y 1920.

¹⁹ M^a. Rosa Madariaga opina que la visión negativa del musulmán que permea el inconsciente colectivo del pueblo español no es resultado tanto de la historiografía medieval o decimonónica como del papel que desempeñaron los contingentes marroquíes en la última guerra civil. “La imagen del moro [MyC, 8, 2005, 173-184]

*

A modo de conclusión, podemos afirmar que hoy en día esa visión sobre los musulmanes mantiene toda su vigencia y aunque es verdad que la historiografía avanza por otros derroteros de los que seguía Herrera Oria, lo cierto es que los historiadores no hemos sido capaces de transmitir nuestro mejor conocimiento sobre la realidad de épocas pasadas y sobre los distintos tipos de relaciones que entablaron cristianos y musulmanes a lo largo de la edad media. Muy por el contrario, la visión negativa que se construyó sobre el mundo Islámico se sigue utilizando por los grupos conservadores como instrumento político para legitimar acciones militares y políticas migratorias de carácter restrictivo.

Para evitar conflictos y malentendidos entre las distintas culturas que conviven en un espacio determinado se hace indispensable conocer y comprender al otro y no caer en simplificaciones como las que difundieron Herrera Oria y el régimen franquista. El reto de aceptar al otro se plantea de nuevo con todas sus complejidades en un momento en el que España se convierte de nuevo, como en la Antigüedad y en la Edad Media, en punto de encuentro de las más diversas culturas.

en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la guerra civil de 1936”, *Historia 16*, XXVI/319, 2002, pp. 10-36.